



CAPITULO DECIMO

Levanta anclas el "Semíramis".-- Sigue el mar agitado.-- Mareos.-- Cantos.-- Brindisi.-- Aduana Italiana.-- Dificultades.-- Impaciencia.-- Nuevo desembolso.-- Nápoles.-- Hotel Continental.-- Pompeya.-- Sus ruinas.-- Templo de la Santísima Virgen del Rosario.-- Coches y caballos para el Vesubio.-- Su ascensión.-- Cráter.-- Deseenso.-- Regreso á Nápoles.-- Cocheros napolitanos.-- *Aquario*-- Iglesia de Santo Domingo.-- Santa Clara.-- Catedral.-- Basílica de San Genaro.-- Estación del Ferrocarril.-- El Padre Hueso capturado.-- Abusos.-- ElPadro Gonzalitos tuerto.-- Adiós á Nápoles.-- Partida.



LAS 4 de la tarde y con el mar todavía agitado, levantó anclas el vapor "Semíramis" y á la voluntad de Dios y de las olas nos entregamos todos los pasajeros, que formábamos un número muy regular. Comenzaron luego los mareos y á la hora de la comida, que serían las

seis y media, casi nadie se presentó en el comedor, pues el apetito había desaparecido, á consecuencias del mareo, del que sólo pudimos escapar el Sr. Mariano Flores y yo, perdiendo sí el apetito, de suerte que la cubierta estaba enteramente desierta; todos se encontraban metidos en sus camarotes, buscando el sosiego y el reposo.

Algún tiempo duró la agitación del mar, pues aun el domingo 17 se encontraba de la misma manera, siendo ésta la razón porque no se celebrara el Santo Sacrificio de la Misa y nadie cumpliera con el precepto eclesiástico de oirla, á pesar de ser día festivo, por estar todos mareados. Antes de las doce comenzó ya á entrar la calma; desaparecieron las olas y reinó la tranquilidad, entrando por lo mismo lo reaccíon y algunos pudieron ya presentarse en el refectorio á tomar algún alimento, pues que los estómagos bien lo necesitaban, pasando la tarde tranquilos y contentos esperando con ansia el día siguiente en que á Bríndisi llegaríamos.

El lunes dieciocho á las siete y media celebraba el Ilmo. Sr. Obispo el Santo Sacrificio de la Misa en el salón, que era bas-

tante espacioso, y á la que asistimos todos los peregrinos, así como muchos de los pasajeros y en ella recibieron la Sagrada Comunión el Sr. Canónigo Romero, los Padres Maciel y Luque y D. Rafael, habiéndolo hecho antes en la que el Padre Barbosa dijera, el Sr. Canónigo Rosas y el Padre López. Un coro de niñas, que, dirigidas por unas monjas y un Padre Franciscano marchaban á la exposición que en Turín iba á tener lugar, cantaron el Ave Maris Stella y otro himno dedicado al Santo Sacramento, durante la misa que el Sr. Fierro, nuestro digno Presidente, celebraba.

Nada particular aconteció durante el día, sólo que no pudimos acostarnos, porque en la noche anelaría nuestro vapor, siguiendo luego adelante, y por lo mismo tendríamos que desembarcar sin demora, como así aconteció. A las 12 de la noche nos encontrábamos en la población de Bríndisi, en cuyo muelle ancló el "Semíramis" y luego, tomando nuestros equipajes, los colocamos en un carro que allí estaba cuidado por los carabineros. Todos nosotros nos fuimos al hotel "Internacional," que situado está en frente de la parte donde anclara el vapor

de que venimos haciendo mención, y cuando buscábamos al Ilmo. Señor Obispo, supimos que á la Aduana se había marchado con los equipajes. Sin demora fuimos á encontrarle llevándonos la delantera el Padre Vilehis Rafael y en la calle les encontramos cuando ya de regreso venían con ellos. De nuevo vuelvo á llamar la atención sobre la fina y caritativa persona del Ilmo. Sr. Fierro. Respecto de la Aduana diré tan sólo que ni siquiera abrieron los equipajes; ya podrá formarse una idea de su caballerosidad y benignidad. Fuímonos luego á los cuartos que nos habían señalado, á fin de descansar un poco, pues las dos de la mañana iban á dar.

Al día siguiente nos levantamos, poco más ó menos entre seis y siete, buscando luego alguna iglesia dónde poder celebrar. Fuimos á la Catedral, mas no fué posible verificarlo, porque las llaves con que cerrados estaban los cajones que contenían los ornamentos, las tenía el padre sacristán y aun no llegaba. En frente descubrimos otra iglesia y allí logramos llevar á cabo nuestro deseo.

Volvimos á desayunarnos y en seguida

marchamos para la estación en los coches que la Agencia Cook tenía preparados, pagando antes cinco francos por persona al dueño del hotel. La diferencia en el meridiano entre esta población y Jerusalem es de una hora y diez minutos.

A las ocho y tres cuartos salíamos para la estación del Ferrocarril donde empleó algún tiempo el Ilmo. Sr. Obispo para arreglar los boletos, pues como se había pasado el tiempo concedido para el regreso, ya no tenían valor alguno, no obstante que desde Jerusalem, y antes de que esto aconteciera, á la Agencia habíase teleografiado y 18 francos por ello se pagara. En fin, nada pudo lograrse, y como se acercaba la hora de partida, el Sr. Obispo hizo un nuevo desembolso y ya pudimos verificar el viaje.

A las nueve y treinta y cinco minutos partió el tren; á las doce comíamos en una estación, y por fin á las ocho y media llegábamos á la famosa Ciudad de Nápoles, donde tomamos luego coches y al Hotel Continental situado frente á la playa fuimos á hospedarnos.

El día siguiente celebramos la mayor parte en la Parroquia de Santa Lucía. Después

del desayuno que tomamos en el hotel, nos dirigimos casi todos á Pompeya. Formamos tres cuerpos; el uno por el Sr. Obispo, el Sr. Canónigo Romero, el Sr. Siesniega, el padre Hueso, la Sra. de Siesniega, las señoritas Grimaldo, Orendáin y mi hermana; el otro lo formamos los padres Delgado, González, Salcedo y yo; el último los padres Cárdenas, Romo y Vilehis, D. Cenobio Romo y D. Mariano Flores. Salimos los dos últimos á las 8, en coches de sitio y nuestro amado Sr. Presidente con sus compañeros tomaron el ferrocarril. Nosotros llegamos á las 11 y luego nos fuimos á ver las ruinas, pagando á unos empleados del gobierno que en la entrada se encuentran, dos liras por persona, y sólo así nos dieron el boleto correspondiente. Después ocupamos al guía número 3 pagándole una lira por cada uno, con el objeto de que nos enseñara y explicara todo, pues entendía la lengua de Cervantes, lo cual cumplió perfectamente. Al entrar vimos luego una especie de museo donde existen algunos cadáveres petrificados que en las excavaciones han encontrado, así como también una reja de hierro, varios trastes y algunos monu-

mentos que dan á conocer á todo visitante lo terrible de aquel castigo ó desgracia que tuviera lugar en la populosa ciudad de Pompeya. Saliendo de este lugar, comenzamos á subir un poco y nos enseñaba el guía varias ruinas de distintos edificios, tales como el Anfiteatro, el famoso templo de la Fortuna. Anduvimos por la calle llamada de la Abundancia y en la fuente que á la medianía de ella está situada nos paramos unos momentos. Conocimos también los muros ó ruinas de la casa de las Vestales, así como también el edificio de los gladiadores. En fin, subimos hasta lo más pendiente y pudimos ver los muros que circundaban aquella ciudad de la que sólo quedan escombros, y cuyo nombre solamente produce cierto temor y espanto.

A las 12 habíamos concluido y fuímonos á comer al restaurant que junto á la entrada de las ruinas se encuentra, donde pagamos dos y medio francos con todo y vino, estando bien asistidos.

En esto vimos al Ilmo. Sr. Obispo que ya se dirigía á ver las ruinas, y aprovechando la oportunidad tomamos nuestros coches, digo nuestros, porque estaban á nuestras

órdenes mediante las liras, y para la nueva Pompeya nos dirigimos, la que distará de la vieja una legua, con el fin de visitar el famoso y suntuoso templo que están levantando á la Santísima Virgen del Rosario y en la que tanto trabajan los padres Dominicos. Magnífica es en verdad y una verdadera obra de arte, faltando muy poco para que enteramente quede terminada.

Regresamos luego y nos incorporamos con el Ilmo. Sr. Fierro para dirigirnos al imponente Vesubio. Tomamos los coches que ajustados teníamos por el día, á los que cinco liras por persona teníamos que pagar, y nos dirigimos al volcán. Muy cerca de él montamos en unos jamelgos muy flacos y de mal andar, por los cuales pagamos siete liras cada uno, los que hasta la falda nos llevaron y allí forzosamente los dejamos, porque aun á pie era imposible subir aquella elevada eminencia. Aquí eran las penas y congojas. Bajamos de los caballos y unos nos ofrecían sillas á manera de andas, otros unos bastones, aquellos una especie de mecapales con los cuales jalaban á uno; en fin, había que subir de alguna manera. El Sr. Canónigo Romero se resolvió, mas un poco

había ascendido cuando se volvió, pues la empresa era muy ardua y difícil; lo mismo hizo el padre Vilehis, pues daba un paso adelante en la arena y en lugar de ir adelante, volvía hacía atrás. El Sr. Obispo, el Sr. Canónigo Torres, los sacerdotes Cárdenas, Hueso, Romo y yo, así como los Sres. Cenobio Romo, Siesniega y Flores fuimos los que nos determinamos á arrostrar por todo y mediante un báculo que en media lira compré, empecé á ascender á aquel escarpado y alto volcán, que una vista pintoresca y muy preciosa presentaba en su cúspide. Cerca de hora y media empleamos en este asídno y molesto trabajo, encontrándonos en la cima con un aire muy delgado y molesto que casi respirar nos impedía. Nos acompañaba también una señorita que en la ya mencionada silla la subieron entre dos listos napolitanos.

En la cima está una humilde casita donde los empleados del gobierno dan unos boletos sin los cuales nadie puede ver el cráter del volcán, costando cuatro liras cada uno, mas si van cuatro personas entonces se reduce á dos y media liras, es decir, un boleto cuesta diez liras y es válido para cuatro

personas. No dejan ir á uno solo ; siempre lo acompañan por el temor de que haya alguna desgracia, pues varios cráteres se han abierto. Nos acercamos hasta donde permitido nos fué, y á la distancia como de un metro pudimos asomarnos y escuchar el movimiento subterráneo que la lava produce y el que infunde cierto pavor que obliga á retirarse cuanto antes. En el interior nada se puede ver, más que mucho humo muy espeso que despidе un olor de azufre y el que bastante molesta. Casi cada segundo se escucha un ruido muy fuerte, cual si desembocara un río muy caudaloso. Nos fuimos luego á ver otro cráter pequeño que junto al principal hay, y cuyas dimensiones del primero no nos fué posible saber.

Después nos mostraron el lugar que está algo retirado por donde sale la lava. Todo aquello infunde cierto temor y miedo que obliga á abandonar aquel sitio, no obstante que el panorama que desde allí ofrece la ciudad de Nápoles, así como el mar, es encantador. En un cuarto de hora pudimos bajar no sin haber sufrido alguna caída el P. Cárdenas, pero en la arenita y sin causarse molestia alguna.



Ruinas de Pompeya. — Panorama del Foro Cívil.

A las seis habíamos todos bajado y tomábamos de nuevo los caballos para ir adonde habíamos dejado los coches. Cerca de las 7 montamos en los carruajes y luego nos fuimos para la ciudad de Nápoles á la que llegamos á las diez de la noche, pues tres horas andando con velocidad se emplean en recorrer la distancia que entre ambas poblaciones hay. Un chasco me sucedió con los cocheros y fué el siguiente: Como los Presbíteros Delgado y González no subieron al volcán, se regresaron en uno de los coches cuyo cochero les cobró las 10 liras que les tocaba, pues los dos que habíamos tomado eran únicamente de dos asientos. Estos rehusaban pagar, mas el auriga vió un gendarme y se vieron precisados á dar las 10 liras. Regresé yo en la noche, según he dicho, y la persona con quien me arreglé me cobró, pero como yo no tenía conocimiento de que ya les habían dado diez liras, pagué las veinte en que habíamos quedado arreglados, y hasta la fecha no los he vuelto á ver. Mucho cuidado se necesita con los napolitanos; es fama general que se han adquirido, á costa de sus muchos y continuos escamoteos y por cierto es muy merecida.

Esta noche nos quedamos sin cenar, porque ya he dicho en otra ocasión, que por acá no es como en nuestra lindísima Tenoxtlán. Mucha elegancia sí se encuentra en todos los restaurants, todos los sirvientes traen su frac, mas no les pidamos traigan los manjares, porque no lo hacen, como en esta noche aconteció. No había aún llegado el Sr. Obispo con sus compañeros, y nosotros habiendo dado las 10 pedíamos qué cenar, á lo cual se negaron redondamente, levantando hasta los platos y todo lo que en las mesas había. Tan sólo habían llegado el Sr. Canónigo Rosas, los PP. Luque, Vera y Maciel, así como mi tío que se contentaron con visitar únicamente Pompeya.

El Jueves era el último día que en esta ciudad populosa habíamos de pasar y por lo mismo temprano nos fuimos los sacerdotes, casi todos, á la Parroquia de Santa Lucía, la misma que ayer habíamos visitado y donde celebramos la Santa Misa con mucha paz, firmando después el libro que para esto está destinado, pues aunque deseaba yo verificarlo en la primorosa iglesia de S. Francisco, no fué posible porque es muy aristo-

crática y hasta las ocho abrirían, perdiendo así mucho tiempo.

Arregláronse unos coches para aprovechar la mañana y poder conocer algunos monumentos de esta población, al menos los más célebres. Así es que siguiendo siempre al Sr. Obispo nos fuimos al *aguario* donde se pagan dos liras por persona. Edificio es éste preciosísimo, donde se pueden ver todas las producciones marítimas, toda clase de pescados, el coral, etc. Diez y nueve son los departamentos que están llenos de agua y en cada uno de ellos vense pescados distintos, y á la verdad que mucho llaman la atención. Por un tubo que llega hasta la mitad del departamento les arrojan la comida y todos en grupo se les vé tomarla. Quedamos encantados con este edificio público que en ninguna parte del mundo puede encontrarse mejor.

De allí nos fuimos á las Iglesias de Santo Domingo y Santa Clara, á la Catedral y por último á la Basílica de S. Genaro, donde pudimos admirar á la par que la esbeltez y magnífica construcción, la riqueza que ostenta, pues sabido es que los napolitanos tienen una gran devoción á su compatriota

S. Genaro. Nos enseñaron cuarenta y seis bustos, como de un metro, que representan á distintos santos, confeccionados todos de maciza plata y los que sólo sacan en las grandes solemnidades, para adornar el magnífico templo donde, como es sabido, existe la sangre de este santo en dos ánforas y dos veces al año se liquida en presencia del Sr. Obispo que guarda la llave del lugar donde están depositadas, y en presencia de toda la multitud. Cuando nosotros estuvimos iba á comenzar la novena y, según nos dijeron, en esos días se había de obrar el prodigio.

Otra cosa nos llamó la atención en esta ciudad, y fué el ver que todos se besan, aun los caballeros y los sacerdotes. Cuando estábamos en la sacristía de esta Basílica, un sacerdote estaba ya revestido, cuando un compañero llegó y se dieron un ósculo en el carrillo. ¡ Costumbres de cada país !

Dándole su *bacchiz* al sacerdote que nos enseñó lo que hubo tiempo de ver, tomamos los coches y nos fuimos al *museo*, donde pagamos una lira por persona. Allí se ven muchos artistas que en distintos departamentos se colocan y se ponen á pintar los cuadros que más les agradan y luego á los

expetadores los venden. Casi corriendo atravesamos aquellos inmensos salones, porque ya urgía retirarnos.

A la una estábamos de regreso en el hotel, que bastante retirado estaba ya del centro, ya también de la estación del ferrocarril. Varias muchachas de la clase ínfima que pedían limosna, nos encontramos en la puerta del hotel, las que nos daban un ramito de flores y en correspondencia esperaban su *bacchiz*; así se pide la limosna en estos países, es decir, en la tierra italiana. Está uno comiendo, como en Pompeya nos pasó, y sin decir allá vá, llegan varios, los unos con sus instrumentos de cuerda y los otros listos para cantar, ya trozos de las mejores óperas, ya aires nacionales ó canciones napolitanas, y aun criaturas de ocho á diez años ya se dedican á este modo de buscar la vida. Una vez que concluyen algún canto, van con un plátito recorriendo todas las mesas y á los comensales se lo presentan, quienes se ven precisados á depositar lo menos sus cinco céntimos, cuando no siquiera media lira. Son infatigables para cantar, éste es su entretenimiento; cantando pasan toda su vi-

da; si se encuentran tristes y melancólicos, cantan; si alegres, el canto es la mejor manifestación de su contento. De este modo se proporcionan lo necesario para poder subsistir muchos de los habitantes napolitanos y muchos hijos de Italia.

Encargóse el Padre Hueso de buscar los coches que á la estación nos debían conducir, mas al encontrarnos en la puerta del hotel, á las dos de la tarde, nos apercebimos de que los cocheros se aconsejaban y todos á una voz dijeron que no nos llevaban por lo que la tarifa marcaba, que en lugar de ochenta céntimos por cada coche, debíamos pagar dos liras.

En tan críticas circunstancias, y sin poder arreglarlo de otra manera, fuimos montando, advirtiéndonos que cada uno fuera pagando para evitar más molestias. A las dos y cuarto estábamos ya en la estación averiguando con los cocheros, que á la verdad son los peores del mundo, pues ya no se conformaban con lo que nos habían exigido, sino que, altaneros, querían dos liras por cada uno, siendo el más imprudente el que condujera al Padre Hueso, pues hasta á un gendarme recurrieron y ya lo habían

detenido, siendo necesario que el Sr. Sieniega fuese á arreglar este negocio, y excusado es decir que la manera de arreglarlo fué pagando lo que ellos deseaban, y no había otro remedio. A mi tío, al Padre Maciel y á mí, en obsequio de la verdad, nos tocó un auriga más comedido, el cual quedó conforme con lo convenido, dándole voluntariamente su *bacchiz*.

Mucha era la aglomeración de gente que en la estación había, y los coches no eran suficientes para contener aquel excesivo número de pasajeros, así es que pusieron más y todos nos fuimos acomodando, tocándole al Padre Gonzalitos la desgracia de que le pegaran en un ojo y poco faltó para que se quedara tuerto, y lo que más sentía, así como todos nosotros sus compañeros, era que le llamaran el tuerto del Padre Gonzalitos, mas quiso Dios que se aliviara, pues aunque como durante unos ocho días tuviera aún la señal, enteramente bueno llegó á su hermosa tierra Mextitacán.

Despedímonos por fin de la bella Parthénope, del precioso paisaje de Nápoles y de su imponente Vesubio, que soñábamos después cuando recordábamos aquellas no-

ches en que al obscurecer enrojecíase el horizonte con los reflejos de las llamas que arroja su ardiente cráter. A las dos y tres cuartos se ponía ya en movimiento la máquina que remolcaba seis wagones, en uno de los cuales se encontraban los peregrinos mejicanos que para Roma marchaban, llevando no muy buenos recuerdos de la ciudad de Nápoles.



CAPITULO UNDECIMO.

Regreso á Roma.—Las Sritas. Orendáin.—La balija del Dr. Ruiz.—Mensaje del Ilmo. Sr. Ibarra.—Museo del Capitolio.—León y leona.—Estatua ecuestre de Marco Aurelio.—Palacio Senatorial.—Sarcófago de Alejandro Severo.—Sala de las Palomas.—Palacio de los Conservadores.—Cuadro de Santa Petronila.

SRAN las ocho y media cuando la locomotora avisaba que llegábamos á la Capital del Mundo Católico, á la soberbia Roma, y todos nos disponíamos para bajar porque era mucha la aglomeración y nos exponíamos á no tener en qué transportarnos hasta Boccio.